

1

Adondequiera que iba, veía siempre un signo de interrogación atravesando el corazón mismo de la ciudad. La primera vez fue en el aeropuerto, mientras esperaba que salieran las maletas por la cinta transportadora. Saqué la guía, consulté el plano que había al final, y fue como si aquella culebra saltará de la página: el Gran Canal serpenteaba por la empapada tierra como un inquisidor constante.

Observé a mi alrededor, preguntándome qué llevaría a Venecia a las personas que me rodeaban: había un joven chino, concentrado en la tarea de introducir en el móvil una nueva tarjeta SIM; una hermosa mujer de piel morena se quitaba las gafas, sacaba un pequeño espejo del bolsillo de su chaqueta y procedía a colocarse en los ojos unas lentillas finas como escamas de pescado; un calvo, cuya afeitada cabeza reflejaba el amarillo chillón de las luces del aeropuerto, aguardaba impaciente su equipaje, con nerviosismo en la mirada.

En cuanto a mí, había llegado con un propósito claro. No pude dejar de sonreír al comparar mi situación con la de mis amigos, a los que había dejado en Londres preparándose para iniciar soporíferos cursos de posgrado o ganando menos del salario mínimo en alguna de las llamadas «industrias de la creación». Mi mejor amigo, Jake, acababa de conseguir un trabajo de becario en la sección de agenda de un periódico, y ganaba tan poco que se veía obligado a subsistir con vino barato y canapés gratis.

Durante el último trimestre de la carrera, le había ido diciendo a la gente, tal vez algo a lo loco, que iba a escribir una novela. Pero en Londres había demasiadas distracciones, y lo único que necesitaba para escribir era tiempo. En Venecia lo tendría.

Un par de meses antes, Jake me había dicho que uno de los amigos de su padre, un inversor italiano, buscaba a alguien dispuesto a ir a Venecia para echarle una mano con el inglés a su hijo de dieciséis años. Era la ocasión perfecta. Mi propósito era darle clase a Antonio por las mañanas, lo cual me dejaría libre el resto del día para dedicarlo a mi libro, que había decidido ambientar en Venecia. Tras media hora de conversación telefónica y un rápido intercambio de correos electrónicos, conseguí el trabajo. El dinero no era mucho, alrededor de trescientos euros al mes, pero incluía la habitación. Tenía que empezar en un par de días. No me podía creer que tuviera tanta suerte.

Después de coger mis cosas y subirlas a un carrito, abandoné el recinto y salí a la ardiente noche. La luna era color de rosa. Seguí a los demás hacia la lancha a través de una serie de improvisados túneles de plástico que atraían el calor de tal manera que parecía que el aire que respiraba me quemaba la garganta. Al acercarme al embarcadero de Alilaguna, podía oír las olas de la marea que lamían la pared del muelle. Imaginé un agua clara, refrescante, pero lo que vi en su lugar me impactó: era un líquido más parecido al alquitrán, espeso, viscoso y cubierto con una fina película cuajada de basuras. En la superficie del agua flotaba una paloma muerta, y el suave reflujó de la marea mecía su cuerpo. La corriente la arrastraba hacia el muelle. No tenía ojos.

No tuve que esperar mucho a que llegara una lancha. Saqué el billete y pasé la hora siguiente atravesando la oscura laguna. En la parada antes de San Marcos desembarqué con el equipaje a cuestas y me detuve a examinar el plano. Vi de nuevo aquel signo de interrogación. Localicé la diminuta calle justo detrás de la *piazza*, y tomé nota mental de su situación. Empecé a atravesar la plaza. Sólo se oía el constante aleteo de las palomas, que tenía un tono ligeramente socarrón.

El hotel era pequeño y sórdido, olía a tabaco rancio y a sumideros viejos. El dueño, un hombre diminuto, de cara pálida, con una piel casi transparente, pelo negro, lacio, y un labio superior que le

colgaba, fijó en mí sus ojillos redondos. Alargó la mano derecha, cubierta con un guante de cuero negro, y me entregó la llave de mi habitación, que era la número 23 y estaba situada en la segunda planta del edificio. Saludé con una sonrisa, subí la escalera y abrí la puerta. Unas viejas vigas de madera cruzaban el techo de la habitación. El papel de la pared estaba moteado con manchas de humedad, y las sábanas parecían sucias. Había una cucaracha en el lavabo en miniatura. Pero no iba a ser más que una noche. Al día siguiente me trasladaría al apartamento que los Gondolini tenían cerca del Arsenal. Y un día después comenzaría a trabajar en mi novela.

Como mi cita con el matrimonio Gondolini no era hasta las cuatro de la tarde, tenía a mi disposición casi todo el día para explorar. Después de desayunar, dejé el hotel, quedando en volver más tarde a buscar el equipaje. Aunque nunca había estado en Venecia, tenía en la mente una idea bastante clara de ella: una elaborada escenografía que flotaba sobre las aguas, un paisaje arquitectónico de ensueño. Pero la innegable belleza de la ciudad, esa Venecia que conocía de películas y guías de viaje, quedaba emborronada por el blanco candente del sol y eclipsada por una apretada masa de turistas. Los guías, hiriendo el aire con sus paraguas de colores, intentaban hacer oír su voz por encima de la multilingüe algarabía. Los gordos sudaban hasta por el último poro de su piel. Y las mujeres, ostentando llamativos bolsos dorados y luciendo su mejor bisutería, intentaban conservar la compostura al encontrarse cara a cara con versiones clónicas de ellas mismas. Muchos de los maridos, con cara de aburrimiento, miraban sin ver.

Me abrí paso hacia la Riva y avancé a duras penas. Plano en mano, crucé el Río del Vin y tomé una bocacalle a la izquierda, dejando atrás a la multitud. Me encaminé hacia el Campo de San Zaccaria, donde cuenta la leyenda que un año, en la festividad de San Miguel, se apareció el demonio para llevarse consigo a una joven novia al infierno, cosa que impidió el marido recurriendo al truco de

asustarlo rugiendo como si fuera el león de San Marcos. No sabía si sería verdad, pero había leído que todos los años, jóvenes varones se acercaban a la plaza para recordar el ritual en un intento de garantizar la constancia de sus futuras esposas. Me acordé de Eliza, a la que había dejado en Londres. Fantaseé que estaba en la cama con Kirkby. Él tenía un brazo roto, y me lo imaginé follándosela con el brazo en cabestrillo, como si estuviera meciendo a un bebé.

Empujé la puerta de madera de la iglesia y penetré en el oscuro y fresco interior. Al lado de un banco se arrodillaba una mujer anciana, con la cabeza gacha y los ojos cerrados, murmurando muy bajito una oración. Los párpados, finos como el papel, le temblaban como si acabara de levantarse de la cama y estuviera aún somnolienta. Deambulé por la iglesia y me detuve ante la *Sacra Conversazione* de Bellini o, como se la llama a veces, *La Virgen y los cuatro santos*. Durante mi carrera de Historia del Arte había contemplado a menudo aquel retablo en mis libros de texto. En aquel momento, saqué una moneda y la metí por la ranura. Una luz artificial bañó la pintura e iluminó al ángel que tocaba un instrumento de cuerda a los pies de la entronizada Virgen y del Niño Jesús, que elevaba la palma de la mano para bendecir a los cuatro santos que había debajo. Eran san Pedro, con el libro y las llaves; santa Catalina, con la rueda quebrada; el estudioso san Jerónimo cubierto de rojo y sosteniendo otro grueso libro, y santa Lucía, con una pequeña jarra que se suponía contenía sus ojos, que Diocleciano había mandado que le arrancaran. Me imaginé los pequeños globos oculares inmersos en agua salada y meciéndose en ella, con las pupilas dilatadas por la confusión y el terror.

Cuando se acabó el tiempo de iluminación del retablo, volví a deambular por la iglesia, pasando por delante del altar del que se decía que contenía el cuerpo de san Zacarías, el padre de Juan el Bautista, y me dirigí por la nave derecha hacia la capilla de San Atanasio. Había un hombre sentado detrás de una mesa, con unas gafas enormes y oscuras que le daban aspecto de moscardón. Le pregunté en italiano cuánto costaba entrar, pero no respondió. En vez de eso, in-

dicó con un gesto el letrero en que se informaba de que la tarifa era de un euro. Le entregué la moneda y me indicó el camino con un movimiento de la mano. Alineados en la pared, sobre la sillería del coro, que era del siglo XV, había una serie de cuadros que incluían un nacimiento de san Juan el Bautista, obra temprana de Tintoretto; una escena de David sujetando la cabeza de Goliat, de Jacopo Palma el Joven; y, sobre la puerta, la imagen de un mártir al que estaban dando tormento: un hombre que sostenía en las manos algo que parecía un atizador de chimenea le había sacado los ojos.

Pasé a la siguiente capilla para admirar los retablos de Vivarini y D'Alemania y los frescos del artista florentino Andrea del Castagno. Pude contemplar en un nivel inferior, a través de un cristal cuadrado en el suelo, unos mosaicos del siglo IX que habían sobrevivido. Bajando una escalera penetré en la cripta, inundada en aquel momento por cinco centímetros de agua. El espacio, con sus arcadas reflejadas en el agua, y su olor a moho, me resultó opresivo, claustrofóbico. Sentí la necesidad de salir. Desanduve mis pasos a través de las capillas para volver a la nave de la iglesia y me dirigí por el pasillo central hacia la puerta de la calle.

Hice un alto para tomar un *espresso* y consultar la guía. Deseaba ver San Marcos y el Palacio Ducal, pero no soportaba la idea de meterme entre las multitudes que abarrotaban la plaza, así que decidí marchar rumbo a la Accademia. Me interné por calles secundarias, lejos de las vías principales, callejuelas tan estrechas que no veían nunca la luz del sol, hasta que llegué por fin a las inmediaciones del Campo Santo Stefano. Crucé el puente de la Accademia, deteniéndome a contemplar la vista del Gran Canal, pero al bajar vi una larga cola que serpenteaba a partir de la puerta de la Galleria. Renuncié a la espera porque no me sentía a gusto en la proximidad de toda aquella gente, y opté por acudir a Santa Maria Gloriosa dei Frari, otra de las iglesias que había estudiado en mi carrera y que estaba situada en San Polo, justo al norte. Al atravesar el Campo Santa Margherita, aspiré la fragancia del ajo frito, los tomates frescos y la albahaca picada. Miré el reloj. Era casi la una en punto: hora de comer.

Me senté en una mesa al aire libre de uno de los cafés de la plaza y, tras tomar unos humildes *spaghetti al pomodoro*, contemplé cuanto me rodeaba, disfrutando de cada detalle. Dos niños pequeños lanzaban alaridos de entusiasmo jugando al fútbol, y el retumbar del balón en el suelo de la plaza era un eco exacto de mi corazón. Las amas de casa charlaban con los vendedores que, enfundados en delantales, vendían pulpos, gambas, centollos y pescado en una fila de puestos entoldados. Pasaban cogidos de la mano jóvenes parejas que se ofrecían uno al otro sus helados de estrambóticos colores. Al besarse mezclaban los sabores. Todo parecía tan vivo, tan nuevo. Y yo podía formar parte de aquel todo.

Tomé otro café, pagué la cuenta y emprendí el camino hacia los Frari. En el interior de la enorme iglesia en forma de letra te, se oía el susurro de los zapatos en el suelo de mármol y, en la distancia, la voz apagada de un guía turístico. Dejé atrás el monumento neoclásico a Canova, una estructura piramidal que contiene el corazón del escultor, y seguí hasta la *Virgen de la casa Pesaro*, de Tiziano, que retrata a Jacopo Pesaro arrodillado en espera de comparecer ante la Virgen y el Niño. El cuadro, según me habían enseñado, había revolucionado la pintura de retablo en Venecia a causa de la decisión del artista de trasladar a la Virgen hacia un lado desde la tradicional posición central, y también a causa de su humanidad, de ese tierno realismo del que Tiziano dotó a sus figuras. Mientras examinaba la composición, acercándome y alejándome para admirar el azul intenso de la túnica de san Pedro y la armoniosa naturaleza de la composición, me sentí incómodo ante la presencia de un niño vestido de blanco satén y situado en la esquina inferior derecha del cuadro. No importaba dónde me pusiera, los ojos curiosos y acusadores del pequeño me seguían, como si quisieran recordarme que un día, como él, yo también estaría muerto. Aunque intenté apreciar la otra obra maestra de Tiziano, la *Asunción de la Virgen* que dominaba el altar mayor, y el resto de los tesoros, tumbas y monumentos de la iglesia, no pude concentrarme: el rostro de aquel niño no me lo permitía.

Justo después de las tres de la tarde puse rumbo a casa de los

Gondolini. Bajé al embarcadero del *vaporetto* de San Tomà en el Gran Canal y me hice sitio en el abarrotado autobús acuático. Me abrí camino hasta la popa y, nada más pasar la Accademia, conseguí un asiento. La luz solar daba al agua aspecto de mercurio, y a los edificios un tono de ensueño. Al abandonar el *vaporetto* en el embarcadero de San Zaccaria vi, reflejados en los cristales de las puertas que separaban la zona de asientos del exterior de la zona interior, las imágenes del *campanile* y de la cúpula de Santa Maria della Salute. Me empezaba a marear con el movimiento de la embarcación y, cuando bajé a tierra firme en el Arsenal, me sentía como si siguiera en el agua.

Me habían dicho que la familia poseía un piso en un almacén remozado, nada más doblar la esquina de la Corderia, la antigua fábrica de cuerdas. Al acercarme a mi nuevo barrio, noté que el número de turistas empezaba a decrecer. Miré el plano para comprobar la situación exacta de la calle y seguí caminando hasta llegar a la casa de los Gondolini, una enorme estructura de ladrillo rojo que dominaba un pequeño canal. Llamé al timbre y aguardé. No hubo respuesta. Volví a llamar. Tampoco nada. Busqué en mi bolsa hasta que encontré el correo electrónico de Niccolò Gondolini. No cabía duda, estaba en la dirección correcta. Tal vez la familia hubiera salido. Puse el dedo en el timbre y volví a pulsarlo un par de veces en rápida sucesión. Entonces oí un «clic», y la puerta se abrió.

La escalera estaba a oscuras, y alargué la mano en busca de un interruptor de la luz. Al hacerlo, retumbó desde lo alto una voz de hombre.

—¿Adam Woods? ¿Es usted, Adam? Estamos aquí... arriba.

Niccolò Gondolini, supuse. Tal vez lo hubiera pillado en el baño o atendiendo el teléfono.

Subí la escalera de madera, tanteando de vez en cuando la pared hasta que mis ojos se acostumbraron a la oscuridad. Al llegar al segundo piso encontré una puerta que habían dejado abierta. Aguardé un momento antes de entrar. A cierta distancia de mí había un hombre asomado a la ventana, dándome la espalda, y su silueta que-

daba enmarcada por una luz cegadora. Levanté una mano para protegerme los ojos del resplandor.

Antes de que pudiera decir nada, oí a mis espaldas un taconeo en el mármol. Me volví para encontrarme de cara con la mujer. Todo en ella era pequeño y perfecto, como de muñeca. Era de mediana edad, pero su rostro de alabastro estaba sorprendentemente libre de arrugas.

—Adam, estoy... encantada... de que haya venido —me saludó. Su inglés tenía un fuerte acento, y pronunciaba las palabras como si caminara por un trecho de piedras resbaladizas—. Niccolò está encantado... también... de que haya venido.

Al tiempo que me daba la mano, hizo un gesto a su marido, que era el hombre de la ventana. Él se volvió y se acercó a mí. Como su mujer, Niccolò Gondolini vestía impecablemente. Tenía la piel muy bronceada, y el pelo, negro azabache, echado hacia atrás para que no le molestara en la frente. En la muñeca llevaba un grueso reloj con la esfera circundada de diamantes.

—Por aquí, por favor —me indicó el anfitrión, señalando una habitación que daba al pasillo. Frunció el ceño, tal vez porque no se encontraba cómodo hablando inglés. Les dije que comprendía el italiano básico, y que si me hablaban despacio podría entender lo que me dijeran. Y a partir de ese momento hablaron en su propia lengua.

Entramos los tres en una habitación de forma cúbica pintada de blanco. Los únicos muebles eran un sofá gris de asiento bajo y una silla de respaldo alto. Las paredes estaban completamente desprovistas de cuadros y estanterías.

—Puede sentarse aquí —me insinuó el *signore* Gondolini, señalando el sofá. Su esposa me sonrió de manera tranquilizadora, pero tuve la seguridad de que había pasado algo. Niccolò miraba al suelo.

—Me temo que tenemos... una... —anunció el señor Gondolini—, una dificultad.

—Sí —confirmó su esposa—. Será mejor ir al grano. Me temo que después de todo no podemos ofrecerle el trabajo, señor Woods.

—¿Cómo dice? —pregunté.

La señora Gondolini se volvió hacia su marido, esperando que él diera una explicación. Él no me miraba a los ojos.

—¿Cuál es el problema? —pregunté.

El hombre se quedó callado.

—Le explico —respondió la mujer—. Es algo... ¿cómo decirlo?, embarazoso. Estaba todo preparado para usted; y Antonio, bueno, se moría de ganas de que usted llegara. Pero entonces descubrimos algo... Es un poco... delicado.

Hubo un silencio y los Gondolini se miraron el uno al otro. Nicolò asintió con la cabeza mirando a su mujer, como si le diera permiso para continuar.

—Según parece, nuestro hijo ha cometido una estupidez —prosiguió ésta—. Anoche, bastante tarde, nos llamó por teléfono el marido de nuestra criada. En cuanto cogí el teléfono, empezó a chillar y a gritar. Le dije que se calmara, que hablara tranquilo. Llamó a Antonio todas esas cosas, cosas sucias, soeces, que no necesito repetirle a usted. Pero dijo que... que Antonio había estado viendo a su hija, Isola. Se ve que ayer por la mañana, como Isola no se levantaba de la cama, cuando su madre entró a ver qué sucedía, la encontró llorando, ¿sabe? Al principio le chica se negó a contar nada, pero terminó explicándolo todo: está encinta. Encinta de lo que dice que es el hijo de Antonio.

Bajó la voz hasta que se convirtió en un susurro, y tuve que inclinarme hacia ella para entenderla. Oía ligeramente a madre selva.

—Adam... la chica sólo tiene catorce años y...

—Así que puede imaginarse lo que hicimos —interrumpió Nicolò—. Interrogamos a Antonio, le preguntamos si era verdad. Y sí, ha estado con Isola, han tenido algún tipo de... relaciones. Terminó diciendo que se haría cargo. Una idea ridícula. ¡Ese idiota! ¡Sólo tiene dieciséis años, y toda la vida por delante! ¡Qué absurdo!

—Ha habido una auténtica conmoción, puede imaginárselo, Adam —comentó la mujer—. Pero de ningún modo podemos permitirle que tire su vida por la borda. Así que esta mañana lo hemos arreglado todo para enviarlo a Nueva York, con mi hermana. Con

los padres de Isola todo está todavía muy complicado, por supuesto. Sólo Dios sabe que es imposible seguir teniendo a Maria de criada, pero tendremos que encontrar una solución. Me temo que esto será una faena para usted, ¿no?

Mi nuevo mundo acababa de desplomarse. Me embargaba la cólera, y sin embargo me vi a mí mismo asintiendo con comprensión.

—Naturalmente, no hay nada que hacer —comenté—. Encontraré otra cosa. Como usted dice, tenían que hacer lo que fuera mejor para Antonio. Y me imagino que podrá mejorar su inglés en Nueva York tanto como si estuviera aquí conmigo.

—Me alegro de que lo comprenda, Adam —dijo ella—. Es usted muy amable. Niccolò y yo estábamos muy preocupados por cómo iba a reaccionar usted. Nos sentimos responsables.

La gran mano de Niccolò se internó por la chaqueta y extrajo la cartera de un bolsillo.

—Le pagaremos el primer mes, es lo menos que podemos hacer —explicó—. Y si necesita algo más, díganoslo.

Tomé los trescientos euros. Con ellos no iría muy lejos, pero sonreí de todos modos y les di las gracias.

—¿Qué piensa hacer? —me preguntó la *signora* Gondolini—. ¿Va a volver a Londres? Le podríamos pagar el vuelo, ¿no crees, Niccolò?

—Sí, Sí, naturalmente —contestó él—. Tómese unas pequeñas vacaciones y avísenos cuando quiera volver. Le sacaremos el billete.

Pero ¿qué podía ofrecerme Gran Bretaña? Una relación rota y la perspectiva de un verano con mis padres en su casa de Hertfordshire. Y yo tenía que escribir mi novela. Al comentarle a mi padre mis intenciones de escribir, me había hecho un gesto de desprecio. No, no podía volver.

—Creo que me quedaré un tiempo en Venecia —dije—. Me parece que buscaré otro trabajo. No me apetece volver a casa justo ahora...

La *signora* Gondolini se levantó de un salto, y al hacerlo su perfecta melena se balanceó en torno a su rostro. Al hablar agitaba las manos en el aire como alas de mariposa.

—¡Niccolò, Niccolò...! —exclamó con entusiasmo—. ¡Ya lo tengo!

—*Cosa?* —Su marido la observó ligeramente irritado.

—El trabajo perfecto... para Adam —dijo volviéndose hacia mí—. No comprendo cómo no se me ha ocurrido antes.

Respiró un par de veces y prosiguió:

—¿Te acuerdas de aquel anciano caballero inglés al que Maria le hacía recados?

Su marido la miró sin entender.

—Sí, hombre, ese que nunca sale de casa. El escritor... ¿Cómo se llama? Gordon, Gordon... Crace. Eso es. El que escribió hace años aquel libro y luego... nada.

Evidentemente, Niccolò seguía sin comprender de qué parloteaba su emocionada esposa. Por lo que a él concernía, daba las cuentas por zanjadas. Era un rico que había tranquilizado su conciencia pagándome el dinero y ofreciéndome el billete de vuelta. En aquel momento lo que deseaba era que me fuera. Seguro que mi pobre indumentaria estaba empezando a molestarle en su elegante entorno.

—¿Lo conocemos? —preguntó.

—No, ya te lo he dicho, hace años que no sale de casa —contestó ella—. Pero Maria dice que se está haciendo un poco... viejo, y necesita alguien que le ayude. Alguien que le haga la compra, que le haga algún recado, que limpie la casa. ¿Usted podría encargarse de algo así, Adam?

Para ser sincero, me habría venido bien cualquier cosa que me permitiera quedarme en Venecia, y tenía curiosidad.

—Naturalmente, suena muy bien —admití.

Pero entonces le cambió la expresión.

—¿Hay algún problema? —pregunté.

—Podría haberlo —respondió ella—. Naturalmente, la mejor manera de contactar con él sería a través de Maria. Pero ahora la situación entre nosotros es muy violenta. Está disgustada con nosotros, como puede imaginarse, y dudo que vuelva.

—Sí, comprendo.

—Sin embargo..., le daré la dirección del anciano. Maria me la escribió cuando le pedimos referencias, aunque ¿tú te acuerdas si llegó a contestarnos? —Niccolò negó con la cabeza—. Tal vez tenga que escribirle usted, porque no creo que tenga teléfono.

Salió al pasillo para regresar con papel y estilográfica. La tinta trazó ringorrangos en el blanco papel. Me lo pasó y leí la dirección: «Palazzo Pellico, calle delle Celle». Supongo que puse cara de perplejidad, porque a continuación la *signora* Gondolini sacó un plano.

—Vamos a ver si se lo podemos encontrar —dijo.

Puede que se tratara tan sólo de mi imaginación, pero estaba convencido de que al moverse por el plano, su dedo trazaba en la ciudad un signo de interrogación.

No podía soportar la idea de volver a pernoctar en aquel hotel cochambroso, así que, por recomendación de los Gondolini, me trasladé a una pensión barata pero limpia en el barrio de Castello. Tenían una habitación que no era nada del otro mundo, pero al menos no me producía escalofríos. Tras deshacer el equipaje, pedí una hoja de papel y un sobre y, en el pequeño bar de la pensión, escribí una carta solicitando trabajo al ermitaño Gordon Crace.

Antes de que dejara la casa de los Gondolini, la *signora* me había puesto al corriente de su breve pero espectacular carrera literaria. Su primera y única novela, *Círculo de debates*, que publicó en la década de 1960, fue todo un éxito. La crítica la había recibido con enorme entusiasmo y se había traducido a las lenguas más importantes. Los editores y lectores de todo el mundo habían aguardado la publicación de otra novela (él se había convertido en *una stella*, en palabras de la mujer), pero no llegó nunca a escribirla, o al menos a publicarla. Parecía que la venta de los derechos para la adaptación cinematográfica le había proporcionado dinero suficiente para no tener que volver a escribir, pero era extraño que alguien tan ambicioso y apasionado no quisiera volver a ver su nombre impreso. Tal vez no tuviera nada más que contar, conjeturaba ella. ¿O podía tener algo que

ver con asuntos del corazón? La *signora* Gondolini hizo parpadear sus ojos negros al plantear la pregunta, mientras su marido volvía la cabeza y hacía como que no oía.

A mí ya se me había despertado la curiosidad. En la carta explicaba cómo había tenido noticias de la posibilidad de aquel trabajo, y tracé a grandes líneas mi currículum: mi licenciatura en Historia del Arte por la Universidad de Londres (pendiente de resultados), conocimientos básicos de italiano, y la necesidad de quedarme en Venecia un mínimo de entre tres y seis meses para empezar a escribir mi novela. Expliqué que aunque era de carácter meditabundo, también podía constituir una compañía agradable, y teniendo presente lo que la señora Gondolini me había dicho de él, añadí que me gustaba el silencio y sentía la necesidad de privacidad. Desde luego, como carta no era una obra maestra, pero era concisa y, creo, carente de pretensiones. La doblé con cuidado, la metí en el sobre y lo cerré. Escribí en la parte de atrás la dirección de la pensión, y miré el plano. El *palazzo* de Crace se hallaba a tan sólo diez o quince minutos de camino. Decidí que, en vez de enviarla por correo, le entregaría la carta personalmente. Cogí mis cosas y salí a la calle.

Aunque abarrotada de turistas por el día, cuando el sol se hundía en la laguna, Venecia se transformaba en otra ciudad. Caminando por callejuelas sin nombre, contemplando en el agua fragmentos de la luna, sentía que me deslizaba. No pensaba ni en mi necesidad de encontrar trabajo, ni en Eliza, ni en la situación que había dejado en Londres. Aquí no me conocía nadie y era libre.

Atravesé el Campo Santa Maria Formosa, donde se suponía que la Virgen, disfrazada, se había aparecido a san Magno, pasé la iglesia construida bajo su invocación, y tomé una de las calles que salían de la plaza. Recorrí la maraña de callejuelas que parecían desembocar todas en el mismo oscuro canal, pero no conseguí encontrar la dirección. Después, cerca de la calle degli Orbi, me interné por un estrecho pasaje que no parecía tener nombre.

Al final del oscuro callejón me encontré en otra calle algo más ancha: la calle delle Celle («calle de las Celdas»), al final de la cual se

encontraba el *palazzo* de Crace. Sólo se podía acceder a él por un puentecillo que partía de la calle y se elevaba sobre el agua hasta la imponente portada iluminada por una luz exterior. Tras la puerta podía imaginarme que había un patio. Recorriendo el centro del gran edificio de tres pisos perfectamente simétrico, como la espina dorsal de un monstruo muerto en tiempos remotos, había una serie de ventanas en arco, cuatro en cada piso, que tenían el extradós labrado en mármol blanco. Las velas reverberaban en una de las estancias del primer piso, iluminando trozos del oscuro interior y proyectando extrañas sombras en el techo. El único sonido que se oía era el del suave golpeteo del agua.

Saqué de mi bolsa el sobre y crucé el puente con todo el sigilo posible. El buzón, esculpido en mármol con la forma de una cabeza de dragón, estaba situado a la izquierda de la puerta. Al introducir la carta en las fauces de la criatura, rozando los desgastados dientes con la mano, me iluminó la luz. Volviendo al puentecillo, volví a mirar al edificio y vi una sombra que cruzaba la estancia antes de fundirse en la oscuridad.

A la tarde siguiente, al volver después de un día de visitas turísticas, me dieron una carta que había llegado a la pensión para mí. El recepcionista me dijo que la había traído un mensajero justo después del almuerzo. Fui corriendo a mi habitación y rasgué el sobre.

*Palazzo Pellico
Calle delle Celle
30122 Venezia*

Estimado señor Woods:

Muchas gracias por su carta. No puedo expresarle cuánto me ha agradado recibirla, llegando como ha llegado en el momento más oportuno. Mi anterior asistente, al que acababa de contratar, dejó el puesto hace unos días, y me he encontrado perdido, sin saber qué hacer.

En consecuencia, me pregunto si estaría usted interesado en acudir a mi casa para tratar más ampliamente la cuestión. Claro está que aún no puedo garantizarle que el puesto sea para usted. Habrá que hablar de ciertos aspectos de mi vida, falta determinar si es usted apto para el trabajo. Sin embargo, sus méritos parecen ser, al menos a primera vista, completamente satisfactorios.

Si desea entablar esa entrevista, tenga la amabilidad de escribirme para concertar fecha y hora. No tengo teléfono y me desagrada salir de casa.

*Suyo afectísimo,
Gordon Crace*

Le escribí a Crace proponiendo un día y una hora determinadas y para acelerar el proceso volví a llevar la nota personalmente. Crace envió la respuesta a la pensión por mensajero diciendo que le venía bien y que esperaba la entrevista con impaciencia. Mi futuro inmediato cobraba forma.

Me detuve delante del *palazzo* de Crace. Era la mañana de mi entrevista y tenía las manos húmedas de sudor. Me había puesto la única ropa elegante que tenía, un traje de lino de color crema y una camisa blanca. Antes de salir del hotel, me miré en el espejo. La luz del sol entraba a raudales por la ventana, blanqueando mi cabello rubio y empalideciendo mis rasgos hasta tal punto que tuve que bajar la persiana para observarme a media luz.

Había llegado a mi cita con Crace con unos minutos de adelanto, pero no me apetecía seguir caminando con el calor que hacía, así que aspiré hondo y crucé el puente. Al pulsar el timbre que había a un lado de la puerta miré los ojos ciegos del dragón de mármol que guardaba el buzón de las cartas, y sonreí para mí. Era evidente que Crace tenía sentido del humor, aunque fuera un humor algo negro. Lo sabía bien por su libro, que había acabado de leer a altas horas de la noche.

Círculo de debates se centraba en un grupo de chicos de sexto curso de un elitista colegio inglés que se reunían todas las semanas para debatir algún asunto de actualidad. Tras hablar de los asuntos habituales (pena de muerte, derechos de los animales, ventajas y desventajas del socialismo, oligarquía contra democracia...), el jefe del círculo, Charles Jennings, presenta una propuesta para debatir, en secreto, las ventajas de asesinar a su respetable profesor de griego y latín, el señor Dudley Reeve. Los chicos aprueban la propuesta, juzgándolo todo muy divertido, hasta que un día Jennings se lleva al profesor a un bosque y allí lo mata a palos. No hay ninguna razón para el asesinato (el profesor no es ni un abusador ni un sádico; de hecho, se trata de un hombre bastante amable), y parece que la única motivación tiene que ver con el tema propuesto en el círculo de debates. Al final del libro, a Jennings no lo capturan, y él y el resto de los chicos del círculo dejan el colegio, van a la universidad y emprenden profesiones respetables con el secreto enterrado bien hondo en el pasado. En la contracubierta de mi edición de bolsillo, que había encontrado en una librería de lance de Dorsoduro, había una selección de frases extraídas de las críticas que elogiaban el sardónico humor de la novela y la habilidad con que se utilizaba el marco del crimen para criticar la dureza de corazón de la sociedad británica. Crace tenía mucho que enseñarme.

Volví a llamar. Por lo que me había dicho la *signora* Gondolini, Crace tenía setenta y pocos años, y tal vez le llevara un rato bajar la escalera hasta la puerta de la calle. Pero entonces, justo al levantar el dedo del timbre, la puerta empezó a abrirse.

Ante mí tenía a un hombre que aparentaba mucha más edad de la que había supuesto. Iba muy encorvado, y cuando levantó la cabeza para mirarme vi que su cuello era una masa fofa. La luz del sol lo hizo entornar los ojos diminutos, de color gris-verde, y en vez de avanzar un paso a mi encuentro, lo dio hacia atrás para volver a refugiarse en la sombra.

—¿Adam Woods? —preguntó. Su voz sonó seca y áspera, autoritaria y con claro acento de clase alta.

—Sí... disculpe si me he anticipado un poco —respondí.

—No importa —continuó, elevando ligeramente la mano derecha para estrechar la mía. La sentí como el cuerpo sin vida de un pájaro diminuto—. Venga, por aquí —dijo mostrándome el camino hacia un patio porticado.

Las paredes del patio estaban cubiertas de parras que serpenteaban por las columnas y también por la escalinata que subía a la planta principal. A intervalos regulares, había grandes macetas con laureles y hortensias demasiado crecidos. En el centro del patio había algo que parecía la parte superior de una columna corintia, con el capitel decorado de hojas de acanto. Sobre la columna se elevaba la estatua de un desnudo querubín, oscurecido por el musgo verdinegro.

—Como puede ver, he dejado que se me fueran las cosas un poco de la mano —comentó Crace—. Ésa es una de las razones por las que me veo obligado a emplear a alguien, señor Woods. Ahora vamos arriba a beber algo.

Al ascender lentamente por la escalinata de piedra, aferrando la barandilla con la mano derecha para apoyarse en ella, un zarcillo de parra le acarició los dedos. Noté que su piel amarillenta, descolorida y moteada con manchas de vejez tenía el aspecto de un pergamino delgado y viejo. El traje de lino, que le colgaba de los descarnados hombros y que alguna vez debía de haber sido de color crema, tenía ahora un tinte cetrino, y parecía la carne floja y decrepita de un cadáver.

Al llegar a lo alto de la escalinata entró directamente en el *portego*, un gran salón central que ocupaba toda la fachada del edificio. Las ventanas geminadas que había a cada extremo de aquel vasto salón estaban tan sucias que no sólo oscurecían la luz, sino que me obligaron a preguntarme si, al depositar mi carta aquella noche, no me había engañado creyendo ver una forma que cruzaba la estancia. Los grabados que decoraban las paredes estaban cubiertos de telarañas; los elaborados estucos, las decoraciones del techo y las molduras de los rincones habían perdido tiempo atrás todo atisbo de su

esplendor, y el empañado suelo de mármol blanco se hallaba cubierto de polvo y pelusa. Vi que detrás de mí había otra escalinata, ésta interna, que daba a una puerta cerrada con candado.

—Ah, nunca subo ahí —me explicó descubriendo mi mirada—. No lo he hecho en años. Está completamente vacío. Tampoco me preocupo de la planta baja: está llena de humedades porque siempre se está inundando. Sígame.

Me hizo pasar al salón central, con su maravillosa colección de dibujos y grabados, y, a través de una puerta doble, a la biblioteca. De las paredes, tapizadas con una lujosa tela roja, colgaban pinturas del Renacimiento, enmarcadas en elaborados marcos dorados. Las ventanas que daban a la calle estaban cubiertas de pesadas cortinas de terciopelo rojo, y no había más luz que la que proyectaban dos lámparas que brillaban una a cada lado de la chimenea de mármol, encima de la cual colgaba un espejo grande y antiguo. Del techo pendía una enorme araña cuyas lágrimas tintineaban de vez en cuando por encima de nosotros.

Arrastrando los pies, Crace atravesó una enorme alfombra persa, y se dejó caer en una de las dos butacas de cuero rojo que había ante la chimenea, mientras me indicaba con la mano la otra para que me sentara en ella.

—¡Pero qué idiota! —exclamó justo cuando acababa de ponerse cómodo—. ¡Se me ha olvidado ofrecerle algo de beber!

—No se preocupe —respondí—. Por favor, permítame...

—Es usted muy amable, señor Woods. ¿Qué le apetece? ¿Ginebra, güisquí, un jerez?

Aunque sólo eran las once de la mañana, el café, el agua u otras bebidas no alcohólicas no parecían hallarse en el menú.

—Un jerez estaría muy bien... Pero yo me encargo —le dije—. ¿Y usted?

—Le acompañaré. Lo encontrará todo en ese aparador. —Levantó un huesudo dedo y señaló con él hacia una parte de la estancia que se hallaba en penumbra—. Es muy amable por su parte, muy amable.

Descubrí otra lámpara colocada junto al aparador de los licores, pero cuando me disponía a encenderla, Crace bramó:

—¡No, más luz no! Creo que ya tenemos suficiente.

Retiré la mano del interruptor y me incliné para coger la botella. Crace había apartado ya dos copas, ambas de exquisita factura: una tenía forma de embudo, con el pie de columna; la otra era redondeada, con esa fina decoración en filigrana que aquí se llama *vetro a retorti*. Sin embargo, el cristal se pegaba a los dedos, estaban sucias, polvorientas, y tal vez con algún pelo. Vertí el líquido claro, de suave aroma, en las dos copas, le entregué una a Crace, posé la otra en una mesita auxiliar que tenía al lado de mi butaca, y me senté.

—Veamos, señor Woods. Ya lo conozco un poco por su carta, pero ¿podría contarme algo más sobre usted?

Crace fijó en mí los ojos, un poco al modo de los reptiles. Eran ojos pequeños, y parecían revolotear por la estancia, pero sin acabar de desprenderse de los míos. Me aclaré la garganta.

—Sí, claro... Llevo en Venecia alrededor de una semana y, como le dije, he venido para intentar escribir.

Crace asintió con la cabeza, pero permaneció callado.

—Acabo de terminar los estudios de licenciatura en Historia del Arte en la Universidad de Londres, y antes de ocuparme de otras cosas, pienso que sería buena idea intentarlo, por lo menos hacer el esfuerzo.

—¿Ha escrito algo antes?

—Nada que merezca el nombre de literatura. Un par de fragmentos de historias cortas. No me atrevería a enseñárselos a nadie, si es eso lo que me pregunta.

—¿Siempre ha querido ser escritor?

—Bueno, sí, que yo recuerde —contesté—. Pero mi familia no me ha apoyado mucho. Mi padre trabaja en un banco (me crié en Hertfordshire), y quería que me dedicara a algo útil. Creo que lo de la carrera de Historia del Arte le ha parecido una elección bastante decadente. Pero estoy empeñado en demostrarle a él, y a mí mismo,

que realmente soy capaz de escribir. Quiero ambientar la novela en Venecia: por eso es para mí tan importante quedarme aquí.

—Sí, ya veo —contestó Crace.

Otra pausa.

—Y por eso pienso que trabajar para usted me vendría como anillo al dedo —proseguí—. Puedo ayudarle con el mantenimiento de la casa, hacerle las compras, cocinar un poco, limpiar... Puedo clasificarle el correo, encargarme de las facturas y cosas así. Parece que el patio necesita un poco de poda y escardado, y puedo hacerlo yo, si usted quiere. Cualquier cosa que haga su vida un poco más cómoda, para que disponga usted de tiempo para escribir.

Hizo una mueca, como si tuviera que soportar algún tipo de dolor interno.

—Yo no escribo, señor Woods, y de hecho quisiera no haberlo hecho nunca —explicó—. Si usted se queda, espero que nunca vuelva a referirse a ello. Y se lo digo de la manera más rotunda. Ésa es una parte de mi vida que quisiera no haber vivido. Por supuesto, usted puede hablar de su escritura, negarle ese derecho sería demasiado cruel, pero no le puedo permitir que mencione la mía. Ni ante mí ni ante nadie más. ¿Lo ha comprendido, señor Woods?

No podía comprenderlo, en absoluto, pero le dije que sí.

—Hay otra cosa que debería saber sobre mí —prosiguió—. Já más pongo un pie fuera de este *palazzo*, y espero no verme obligado a hacerlo. Puede pensar que soy un tipo raro (estoy seguro de que la gente me llamará cosas peores), pero aunque llevo unos treinta años viviendo en Venecia, nunca he deseado visitarla.

—¿Quiere decir que no ha salido nunca?

—Realmente no hay necesidad, ninguna necesidad. Como todos sabemos, ésta es la ciudad más fácil de visitar sin ir nunca a ella. Además, la Venecia que está aquí —dijo dándose unos golpecitos en la cabeza— es tan extraña y exuberante como cualquier cosa que pudiera contemplar ahí fuera. Lo que llaman el mundo real está muy sobrevalorado, ¿no cree?

Respondí con otra pregunta:

—¿Cómo se las ha apañado? En el pasado, me refiero.

—Antes, cuando estaba mucho mejor de salud, recurría a mujeres de la ciudad para que me hicieran las compras y los recados —explicó—. La última, Maria, era bastante buena, pero algo proclive a la histeria. Me ponía los nervios de punta, nada bueno para mi estado. Y la chica de la que me he servido para hacerle llegar las cartas a usted no es muy de fiar. Desde luego, en estos momentos necesito a alguien como usted. Como le decía en mi carta, el chico al que acababa de contratar se marchó, y por eso está usted hoy aquí.

Asentí con la cabeza y aguardé. Crace tomó un sorbo de jerez y dio la impresión de que se recobraba.

—Señor Woods, soy un hombre enormemente celoso de su privacidad. Estoy convencido de que ya ha comprendido que cualquier cosa que vea en el interior de este edificio es una información que debe guardarse para usted. No es que yo tenga nada que ocultar, pero le pediré que guarde una reserva absoluta. Si yo llegara a enterarme de que usted ha estado cotilleando por ahí de algo tan trivial como..., no sé, como qué es lo que tomo en el desayuno o cuánta leche me echo en el café, tendría que irse. De inmediato. Realmente, no podría tolerar algo así. —Hizo una pausa—. ¿Tiene alguna pregunta, señor Woods?

—¿Podría hablarme de las condiciones? Horario y...

—Por supuesto, perdone que no haya sacado antes el tema. —Se disculpó—. Sus obligaciones incluyen prepararme el desayuno, hacer la compra, cuidarse de que no falten comestibles ni vino. Tengo algunas botellas apartadas, pero las guardo para ocasiones especiales. Además, usted tendría que preparar la comida y la cena. No se preocupe, no como apenas y no tiene por qué ser nada complicado. Y cualquier otra tarea que surgiera. Contaría con su propio cuarto, que le enseñaré ahora, y el suficiente tiempo libre para hacer lo que le plazca. Pero sólo aquí, sin salir del *palazzo*. Esto es importante: no me puede dejar solo. Naturalmente, usted tendrá que salir para hacer la compra, pero si lo hace cada día, entonces no le llevará mucho tiempo. Además, supongo que quiere sacar su libro adelante.

—Sí, claro está.

—Naturalmente, muchos jóvenes rechazarían de entrada tales condiciones. Supongo que usted también está a punto de decirme que no se ve capaz de vivir bajo un sistema tan draconiano. No se preocupe, no me doy por ofendido. De hecho, comprendería perfectamente que...

—No.

—¿Cómo dice?

—Quiero decir que eso no me incomoda en absoluto. Estoy seguro de que me ayudará a encarrilar la mente. A sacar el libro adelante. Así que no es ningún problema.

—¿De verdad?

—Sí, lo que necesito es precisamente un poco de autodisciplina.

—Estupendo. Y en cuanto al dinero (no hay manera de evitar este tema, aunque resulte tan desagradable), podría pagarle digamos... digamos... ¿qué le parecerían quinientos euros al mes? Le quedarían limpios, naturalmente, pues los gastos de manutención corren por mi cuenta. ¿Está esa suma dentro de sus expectativas?

A decir verdad, era mucho más de lo que me esperaba, y le dije que consideraba aquella cantidad muy generosa.

—Y si acepta el empleo, ¿cuándo podría empezar?

—Enseguida —contesté pensando en la cuenta de la pensión—. De hecho, cuanto antes mejor.

Crace sonrió por un instante, y sus delgados labios se tensaron para mostrar una fila de dientes sorprendentemente blancos.

—¿Quiere ver el cuarto en que dormiría?

Crace se impulsó para levantarse de la butaca, se demoró unos instantes mientras recuperaba la verticalidad, y después se dirigió no hacia la doble puerta que daba al *portego*, sino a la otra, que abría a un oscuro corredor.

—Ahí está la cocina —dijo señalando la pieza que quedaba enfrente. Noté que los platos se apilaban hasta arriba en el fregadero, y que en el aire flotaba un ligero olor a podrido—. No es nada del otro mundo, pero vale para apañarse, me parece. —Se detuvo al final del corredor—. Y éste sería su cuarto.